

Siri Hustvedt

La mujer
temblorosa

o la historia de mis nervios

Traducción de Cecilia Ceriani



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

The Shaking Woman or A History of My Nerves
Henry Holt and Company
Nueva York, 2009

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Siri Hustvedt, foto © Marion Ettlinger

Primera edición: octubre 2010

Primera edición impresa en Argentina: octubre 2010

Segunda edición impresa en Argentina: septiembre 2015

© De la traducción, Cecilia Ceriani, 2010

© Siri Hustvedt, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6316-1

Depósito Legal: B. 28534-2010

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Imprenta Dorrego SRL

En la Mente sentí una Hendidura–
Como si el Cerebro se me hubiera partido–
Traté de unirlo –Comisura a Comisura–
Pero no lo he conseguido.

EMILY DICKINSON

Cuando murió mi padre yo me encontraba en mi casa de Brooklyn, pero apenas unos días antes había estado con él, sentada junto a su cama en la residencia de ancianos de Northfield, en Minnesota. Estaba físicamente débil aunque mentalmente lúcido y estuvimos hablando e incluso riéndonos, si bien no recuerdo el contenido de nuestra última conversación. Lo que sí recuerdo con toda claridad es la habitación donde pasó los últimos días de su vida. Mis tres hermanas, mi madre y yo habíamos colgado algunos cuadros en las paredes y habíamos llevado una colcha color verde pálido para contrarrestar la austeridad de aquel lugar. Pusimos un jarrón con flores en el alféizar de la ventana. Mi padre tenía enfisema y sabíamos que no le quedaba mucho tiempo de vida. Mi hermana Liv, que vive en Minnesota, fue la única hija que estuvo a su lado cuando murió. Había sufrido un segundo colapso pulmonar y el médico opinó que no resistiría otra intervención quirúrgica. Mientras papá aún estaba consciente, aunque ya no podía hablar, mi madre nos llamó una por una a las tres hijas que vivíamos en Nueva York para que le dijésemos algo por teléfono. Recuerdo perfectamente que me detuve un instante

a pensar qué debía decirle. Se me ocurrió la peregrina idea de que no podía decir ninguna trivialidad en un momento así, de que debía elegir cada palabra con cuidado. Quería que fuera algo memorable, lo cual era absurdo puesto que muy pronto la memoria de mi padre se apagaría para siempre junto al resto de su ser. Al final, cuando mi madre le acercó el auricular, las únicas palabras que logré articular fueron: «Te quiero tanto.» Luego mi madre me contaría que él había sonreído al oír mi voz.

Esa misma noche soñé que estaba con mi padre y que él extendía sus brazos hacia mí. Yo me inclinaba para que me abrazara, pero antes de que pudiera hacerlo me desperté. A la mañana siguiente me llamó mi hermana Liv para decirme que nuestro padre había muerto. Nada más colgar el teléfono, me levanté de la silla donde estaba, subí las escaleras hacia mi estudio y me senté a escribir su panegírico. Mi padre me había pedido que lo hiciera. Varias semanas antes, estando sentada junto a él en la residencia de ancianos, me había mencionado que quería que tuviera en cuenta «tres consideraciones». No dijo: «Quiero que las incluyas en el texto que escribas para mi funeral.» No era necesario. Se daba por supuesto. Cuando llegó el momento, no lloré. Escribí. En el funeral leí mi texto con voz firme, sin derramar una lágrima.

Dos años y medio después, volví a hablar de mi padre en público. Fue en mi ciudad natal, allá en Minnesota, bajo un cielo azul de mayo en el campus de la Universidad de St. Olaf, justo detrás del antiguo edificio donde se encontraba el departamento de filología noruega donde él había sido profesor durante casi cuarenta años. Como homenaje, el departamento había plantado un abeto con una pequeña placa a sus pies que decía: LLOYD HUSTVEDT (1922-2004).

Mientras redactaba aquel segundo texto, tuve la clara sensación de estar oyendo la voz de mi padre, quien solía escribir unos discursos excelentes y muy divertidos. Así que intenté reflejar ese humor tan suyo en algunas de mis frases. Incluso llegué a escribir: «Si mi padre estuviera hoy aquí, habría dicho...» Segura de mí misma y provista de fichas llenas de anotaciones, miré al público, compuesto por unos cincuenta amigos y colegas suyos que se habían reunido alrededor del abeto noruego conmemorativo, lancé mi primera frase y, a continuación, empecé a temblar descontroladamente de la cabeza a los pies. Mis brazos se agitaban de forma desmedida. Mis rodillas chocaban una contra otra. Temblaba como si fuera presa de un ataque epiléptico. Lo increíble era que no me afectaba la voz en absoluto. Hablaba como si siguiera impertérrita. Estupefacta ante lo que me estaba sucediendo y aterrada ante la posibilidad de caer redonda en cualquier momento, logré mantener la calma y terminar el discurso, a pesar de que las notas que sostenía entre las manos se desperdigaran sin orden ni concierto delante de mí. El temblor cesó en cuanto dejé de hablar. Me miré las piernas. Las tenía totalmente rojas, casi moradas.

Mi madre y mis hermanas estaban asustadas ante aquella misteriosa transformación que se había operado en mi cuerpo. Me habían oído hablar en público muchas veces, alguna de ellas frente a cientos de personas. Liv me dijo que sintió ganas de correr hacia mí y abrazarme para que dejara de temblar. Mi madre comentó que parecía que me estaban electrocutando. Era como si una fuerza ignota se hubiera apoderado de mi cuerpo de repente y hubiese decidido que necesitaba una buena sacudida. En una ocasión anterior, durante el verano de 1982, sentí como si una potente energía me levantara del suelo y me lanzara contra la pared igual que a un muñeco. Cierta vez, me encontraba en una galería

de arte en París y de pronto mi brazo izquierdo se giró hacia atrás y me empujó contra la pared. El incidente duró apenas unos segundos. Poco después me invadió una gran euforia, una alegría sobrenatural. Pero, a continuación, me sobrevino una fuerte jaqueca que habría de durarme casi un año, el año del Fiorinal, Inderal, Cafergot, Elavil, Tofranil y Mellaril, de todo aquel cóctel de medicamentos para dormir que me suministraba el médico en su consulta con la esperanza de que, al día siguiente, me despertara sin dolor de cabeza. Pero no hubo suerte. Al final, ese mismo neurólogo decidió internarme en una clínica y tratarme con Thorazine, un antipsicótico. Aquellos ocho días que pasé aletargada en el pabellón de neurología se me han quedado grabados como la más negra de las comedias negras. Ocho días en los que compartí habitación con una anciana sorprendentemente ágil, que había sufrido un derrame cerebral y a la que todas las noches sujetaban a la cama con unas correas apodadas «las Caprichosas» de las que siempre lograba zafarse para escapar por los pasillos en un claro desafío a las enfermeras. Ocho extraños días que pasé medicada, salpicados de visitas de jóvenes con batas blancas empeñados en sostener lápices delante de mis ojos para ver si yo era capaz de identificarlos y en preguntarme qué día era, qué año, cómo se llamaba nuestro presidente, para después pincharme con pequeñas agujas (¿sientes esto?). Días salpicados también por aquel extraño gesto con la mano que hacía al despedirse por la puerta el mismísimo Rey de las Migrañas, el doctor C., un hombre que solía ignorarme, aparentemente irritado conmigo porque no cooperaba y me curaba de una vez. Ningún especialista sabía lo que me sucedía en realidad. Mi médico bautizó mi dolencia con el nombre de *síndrome de migraña vascular*, pero no parecía que hubiera nadie capaz de decir por qué me había conver-

tido en una especie de ENORME jaqueca, en un ser asustado, aplastado, deprimido, con vómitos continuos, un remedo de Humpty Dumpty después de caer del muro.

Mis incursiones en el mundo de la neurología, la psiquiatría y el psicoanálisis habían empezado mucho antes de mi internamiento en el Hospital Mount Sinai. He padecido migrañas desde mi infancia y hace años que investigo sobre mis dolores de cabeza y mareos, sobre esa sensación de elevación divina, sobre los destellos luminosos y agujeros negros que veo y sobre la única alucinación que he sufrido: ver a un hombrecillo y a un buey, ambos de color rosa, en el suelo de mi habitación. Antes de las convulsiones que sufrí aquella tarde en Northfield llevaba ya mucho tiempo leyendo estudios relacionados con tales misterios. Incluso profundicé aún más en el tema cuando decidí escribir una novela donde uno de los personajes era un psiquiatra y psicoanalista, un hermano imaginario que me inventé con el nombre de Erik Davidsen. Lo hice nacer y crecer en Minnesota en una familia muy parecida a la mía. Era el hijo varón que nunca tuvo la familia Hustvedt. Para poder ponerme en la piel de Erik me zambullí en el intrincado mundo de la diagnosis psiquiátrica y en los múltiples trastornos mentales que aquejan al ser humano. Estudié farmacología y me familiaricé con los diferentes tipos de medicamentos. Compré un libro con una serie de exámenes tipo que utilizan los tribunales de evaluación psiquiátrica en el estado de Nueva York y practiqué haciéndolos todos. Leí muchos libros sobre psicoanálisis e innumerables monografías sobre enfermedades mentales. Me fascinó la neurociencia y asistí a las conferencias mensuales sobre dicha materia en el Instituto Psicoanalítico de Nueva York. Después me invitaron a participar en un grupo de debate dedicado a una nueva especialidad: el neuropsicoanálisis.

El grupo estaba compuesto por neurocientíficos, neurólogos, psiquiatras y psicoanalistas cuyo objetivo era crear un campo común que aunase las perspectivas del análisis con las investigaciones neurológicas más recientes. Me compré un modelo del cerebro de goma, estudié sus diferentes partes, escuché con suma atención las ponencias y seguí leyendo sobre el asunto. De hecho, mi marido me advirtió más de una vez que yo leía de forma obsesiva y llegó a decirme que aquella voracidad tenía mucho de adictiva. Después trabajé como voluntaria en la Clínica Psiquiátrica Payne Whitney, impartiendo un taller semanal de literatura a los pacientes hospitalizados. Allí pude estar cerca de personas aquejadas de enfermedades muy complejas que solían presentar pocas similitudes con las descripciones catalogadas en el *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (más comúnmente llamado el *DSM*).^{*} Llevaba, pues, varios años sumergida en el mundo del cerebro y de la mente cuando me eché a temblar delante del árbol dedicado a mi padre. Lo que comenzó como mera curiosidad ante los misterios de mi sistema nervioso acabó convirtiéndose en una pasión avasalladora. La curiosidad intelectual sobre cualquier enfermedad que padezcamos surge, sin duda, del deseo de dominarla. Aunque no lograse curarme, quizás al menos podría empezar a entenderme a mí misma.

Toda enfermedad tiene algo de ajeno a nosotros e implica una sensación de invasión y pérdida de control que se evidencia en el lenguaje que utilizamos para referirnos a

^{*} *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, DSM*, publicado por la American Psychiatric Association (Asociación Psiquiátrica de los Estados Unidos). (*N. de la T.*)

ella. Nadie dice «soy un cáncer» o «soy canceroso», a pesar del hecho de no ser una enfermedad provocada por un virus o una bacteria intrusa sino el resultado de la mutación de nuestras propias células. Uno *tiene* cáncer. Sin embargo, con las enfermedades psiquiátricas o neuronales ocurre algo diferente puesto que atacan lo que imaginamos como el origen mismo de nuestro ser. La frase «es epiléptico» no nos resulta extraña. En las clínicas psiquiátricas los pacientes suelen decir: «Bueno, es que yo soy bipolar» o «Soy esquizofrénico». Las frases denotan una identificación total de la persona con la enfermedad. Yo tenía la sensación de que aquella mujer temblorosa era y no era yo al mismo tiempo. Podía reconocerme de cuello para arriba, pero de cuello para abajo mi cuerpo era un ser convulso e ignoto. No tengo ni idea de lo que me sucedió ni de qué nombre darle a mi dolencia, pero no hay duda de que aquel extraño ataque tenía algún componente emocional relacionado con mi padre. El problema era que durante el acto no había sentido que me embargase *emoción* alguna. Estaba tranquila y serena. Daba la impresión de que me había sucedido algo realmente serio, pero ¿qué era? Decidí ir a la búsqueda de la mujer temblorosa.

Los médicos llevan siglos estudiando los ataques convulsivos como el que yo padecí. Hay muchas dolencias que pueden provocar temblores, pero no siempre es fácil diferenciarlas. Desde Hipócrates en adelante, diagnosticar significa agrupar una serie de síntomas bajo un mismo nombre. La epilepsia es la más famosa de todas las enfermedades convulsivas. Si yo hubiera sido una paciente de Galeno, el médico griego que atendía al emperador Marco Aurelio y cuyos copiosos escritos tuvieron gran influencia en la historia de la medicina durante cientos de años, éste me hubiera

diagnosticado una enfermedad convulsiva aunque habría descartado la epilepsia. Galeno consideraba que la epilepsia no sólo provocaba espasmos en todo el cuerpo sino que también interrumpía «las funciones primordiales»: la conciencia y el habla.¹ Aunque entre los griegos existía la creencia de que los dioses y los espíritus podían hacerte temblar, la mayor parte de los médicos mantuvo siempre una postura naturalista al respecto y no sería hasta el surgimiento del cristianismo que se empezaron a vincular los temblores con lo sobrenatural hasta un grado increíble. La naturaleza, Dios y el diablo podían hacer que te temblara todo el cuerpo y los expertos en medicina luchaban por distinguir unas causas de otras. ¿Cómo podía separarse un acto de la naturaleza de una intervención divina o de una posesión demoníaca? Los paroxismos y desvanecimientos de Santa Teresa de Ávila, sus visiones y su éxtasis respondían a elevaciones místicas que la acercaban a Dios, pero las niñas de Salem que se estremecían y retorcían eran víctimas de las brujas. En su obra *Una modesta investigación sobre la naturaleza de la brujería*, de 1702, el reverendo John Hale describe las convulsiones de esas atormentadas niñas para luego añadir que sus enormes sufrimientos eran «mucho más intensos que los que pudiera provocar cualquier ataque epiléptico o enfermedad de origen natural».² Si yo hubiera sufrido mi ataque convulsivo durante aquella locura colectiva que invadió Salem, las consecuencias hubieran sido funestas. Hubieran creído que estaba poseída. Incluso peor: si yo hubiera estado sumida en el fervor religioso de la época, algo bastante probable, la sensación de que alguna fuerza extraña se había apoderado de mi cuerpo y provocado tales temblores hubiese bastado para convencerme de que, sin duda, era víctima de un maleficio.

En Nueva York y en el año 2006 ningún doctor en sus

cabales me habría enviado a un exorcista, a pesar de la confusión generalizada que había respecto a mi diagnóstico. Los parámetros referidos a las enfermedades convulsivas han cambiado mucho, pero descubrir lo que me había sucedido no iba a ser tarea fácil. Podía acudir a un neurólogo para saber si lo mío era epilepsia, aunque mi pasada experiencia en el Hospital Mount Sinai me hacía recelar de los médicos que estudiaban el sistema nervioso. Sabía que para que me diagnosticaran dicha enfermedad tenía que haber sufrido por lo menos *dos* ataques. Yo estaba convencida de haber sufrido un ataque genuino antes de que me sobreviniera mi incurable migraña. El segundo ya me parecía menos claro. Los temblores incontrolados pueden darse en algunos ataques. A mí me temblaron ambos lados del cuerpo, pero no dejé de *hablar* durante el episodio. ¿Cuánta gente *habla* durante un ataque epiléptico? Además, en ningún momento experimenté ningún síntoma ni aviso previo de que se me avecinara un incidente neuronal, como suele sucederme con las migrañas. Las convulsiones me sobrevinieron al comenzar el discurso sobre mi difunto padre y al finalizarlo desaparecieron. A la vista de mi historial médico, sabía que cualquier neurólogo meticuloso me haría un electroencefalograma. Me tendría un buen rato sentada con el cuero cabelludo lleno de electrodos pegajosos para, al final, no hallar nada. Está claro que hay muchas personas que sufren episodios que los exámenes habituales no suelen detectar y necesitan someterse a otras pruebas. Como no volviera a temblar sería imposible que pudiesen diagnosticarme nada y mi dolencia quedaría flotando en el limbo de las enfermedades ignotas.

Estuve tiempo preocupada por mis temblores hasta que se me ocurrió una posible respuesta. No fue una conclusión a la que llegase poco a poco sino que surgió de re-